



MURRAY KARPEN, PADRE DE RONNIE KARPEN MOFFIT:

“El asesinato de mi hija comenzó en la Casa Blanca”

por Elizabeth Subercaseaux

El dolor por la muerte de su hija en el mismo atentado que costó la vida al ex canciller Orlando Letelier lo ha convertido en un hombre escéptico. No cree, por tanto, que sea posible juzgar a Pinochet en Chile, pese a que él lo considera responsable en esos hechos. La indemnización recibida tras ganar la demanda en contra del gobierno chileno, no es consuelo para él. “Lo que nos quitaron no fue un negocio, fue nuestra hija”, dice.

Con la tristeza todavía atorada en la garganta, Murray Karpen evoca los terribles días que sucedieron al asesinato de su hija, Ronnie Moffit, quien viajaba en el auto de Orlando Letelier, en Washington.

Fue una entrevista triste y tensa. La pena de Murray Karpen es tan evidente y está tan a flor de piel, que casi es posible tocarla con las manos. Han pasado 24 años desde aquella horrible mañana de septiembre de 1976 en que su hija, la joven Ronnie Karpen Moffit, fuera asesinada en Washington, en el atentado de la DINA contra Orlando Letelier. Veinticuatro años, pero en los ojos de su

padre se ve que no ha pasado ni una hora... De entrada, antes de que le preguntara nada, aun antes de que echara a andar la grabadora, una vez que nos sentamos en el sofá de su living, se puso a hablar de lo ocurrido, como si en los últimos 24 años no hubiese hecho otra cosa que pensar en ello. "Lo que hizo Pinochet no es nada nuevo, en realidad, ha ocurrido lamentablemente en muchas partes. Y tampoco es nuevo lo que hizo Estados Unidos para ayudar a Pinochet en sus designios. Ya lo habíamos hecho antes en Centroamérica, con las repúblicas bananeras, donde también ayudamos a dictadores crueles a tomarse el poder. Lo que es nuevo en este caso es que Estados Unidos agarró a una democracia, una de las más antiguas democracias del continente y la ayudó a convertirse en una nación totalitaria..."

Varias veces durante la entrevista se quebró y otras se dejó envolver por el angustioso silencio que parecía abrazarlo después de su respuesta. Nunca sonrió, ni le cambió la cara entristecida ni se permitió relajarse... Murray Karpen no ha olvidado. No quiere olvidar. "La memoria, dice, es la única arma que tengo para perseguir a los responsables de la muerte de mi única hija".

—¿Cómo era su hija?

—Era muy música, talentosa. Tocaba el piano, la flauta, la guitarra. Ronnie era un encanto de chiquilla, una persona fácil, cooperadora, alegre, con mucho sentido del humor... ¿Sabe cuántos años tenía cuando la mataron? Veinticinco..."

Era la mayor de sus tres hijos y la única mujer. El tiene hoy 71 años, se ve que ha envejecido con dificultad, está jubilado y vive con su mujer, Hilda, en un bello departamento en West Orange, New Jersey. Pero ella no se encontraba en la casa durante la entrevista. Tal vez no quiso estar...

"Sí, repite Murray fijando la vista en la ventana como si viera algo escondido en el cristal: Ronnie era una chiquilla encantadora".

—¿Sueña con ella?

—Yo no sueño, y si sueño no

fréneticamente anticomunista de este país y al cual sólo tenían acceso Nixon y sus más íntimos colaboradores. El gerente general de la Anaconda Copper, por ejemplo, era uno de los mayores contribuyentes de dinero a ese fondo, con el cual el gobierno norteamericano financió la huelga de los camioneros, por ponerle un caso, y muchas otras cosas que ayudaban a desestabilizar el gobierno de Salvador Allende. Con la palabra comunismo, comunismo, comunismo, en la boca se lanzaron a desestabilizar al gobierno chileno e hicieron todo cuanto estuvo en sus manos para que ese gobierno fracasara. En consecuencia, el gobierno de Nixon tuvo una seria responsabilidad en los asesinatos que luego se cometieron, en la tortura, en el desaparecimiento de

muchos años y trabajamos como locos, codo a codo, con varios senadores, hasta que finalmente fue posible pasar la ley que nos permitió enjuiciar al gobierno chileno por asesinato. Llegamos a un acuerdo, hubo una compensación económica, que fue en su mayor parte a la familia de Orlando Letelier y a mi yerno Michael Moffit. Pero, mire, lo que quiero decirle es que podrían habernos dado el mundo, pero nada tenía ningún valor a cambio de la vida de Ronnie. Lo que ellos nos quitaron no fue un negocio, fue nuestra hija...

la espantosa noticia

Ronnie Moffit estudió pedagogía en la Universidad de Maryland. En cuanto terminó sus estudios consiguió un trabajo en un colegio y luego en una compañía de seguros. Y fue entonces, mientras estaba trabajando para la compañía de seguros, que conoció a la gente del Instituto de Estudios Políticos, de Washington. El Instituto, que en ese tiempo estaba dirigido por Marcus Ruskin, había iniciado un programa para niños en zonas de pobreza. Ronnie se puso en contacto con ellos y se ofreció para trabajar con los niños de noche. "Les enseñaba música", recuerda su padre, "en el Instituto conoció a Michael Moffit y a poco andar se convirtió en la asistente de Marcus Ruskin".

Por ese mismo tiempo, Orlando Letelier, ex canciller del gobierno de Salvador Allende, exiliado en Venezuela, se instaló en Washington y se puso a trabajar en el mismo Instituto. "Mi yerno trabajaba con él. El Instituto abrió una cursal en Holanda y Orlando consiguió que el gobierno holandés suspendiera unos créditos al gobierno chileno y ahí fue cuando firmó su sentencia de muerte. Y la de mi pobre hija... Ronnie y Michael se casaron en mayo de 1976 y Ronnie fue asesinada en septiembre de ese mismo año".

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió el atentado?

—Aquí, en Nueva Jersey.

—¿Cómo se enteró?

—Marcus Ruskin me llamó por teléfono. Michael estaba herido en el hospital... El tuvo suerte, murmura como desde una pesadilla, tuvo la suerte de ir sentado en el asiento de atrás. Ronnie iba en el asiento de adelante... Sí, fue Marcus Ruskin quien llamó para avisarme...



"Orlando (Letelier) consiguió que el gobierno holandés suspendiera unos créditos al gobierno chileno y ahí fue cuando firmó su sentencia de muerte. Y la de mi pobre hija... Ronnie y Michael se casaron en mayo de 1976 y Ronnie fue asesinada en septiembre de ese mismo año".

recuerdo lo que sueño.

Luego sigue hablando de cómo y por qué ocurrió en las cosas. "Cuando Salvador Allende entró en campaña para la elección presidencial de 1970 el Departamento de Estado y la CIA lo combatieron como locos. Financiaron toda clase de resistencia en contra suya. Pero Allende resultó elegido a pesar de estos esfuerzos y una vez que resultó elegido, Richard Nixon pareció perder la compostura. Después de todo, él, quien se creía el hombre más poderoso del mundo —y probablemente lo era— no había sido capaz de impedir que Allende llegara al poder. Entonces echó mano de lo que se llamó el "slush fund", un fondo que provenía de la gente más rica y más

personas, en los fusilamientos sin juicio... El asesinato de mi hija comenzó en la Casa Blanca. Si Nixon no hubiese hecho todo lo que hizo para ayudar a los militares a subir al poder y derrocar al gobierno de Allende, Ronnie estaría viva".

—¿Cómo se las arregla para vivir sabiéndolo?

—No tengo otra alternativa que vivir con eso. Lo que hago es que no me permito el olvido y hago cuanto puedo para llegar a la verdad, a toda la verdad. Al comienzo no pudimos hacer mucho. Tratamos de querellarnos contra el gobierno de Chile, pero en ese tiempo no existía en Estados Unidos una ley que permitiese a un ciudadano común y corriente querrellarse contra un gobierno extranjero. Tardamos

En ese punto de la conversación cayó un pesado silencio sobre nosotros y Murray Karpen se quebró.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Dos semanas antes del atentado... Fuimos mi mujer y yo a visitarla. Usted sabe, estaba recién casada, la novedad, conocer su casa. Esas cosas. En esa oportunidad nos llevó al Instituto para presentarnos a sus compañeros de trabajo y nos presentó a Orlando Letelier. Lo recuerdo muy bien, era muy simpático. Se quedó mirándonos a mi mujer y a mí y exclamó: "¡Pero, cómo, cómo van a ser ustedes los padres de Ronnie. Si se ven tan jóvenes!". Es que entonces todos éramos jóvenes —dice, y vuelve



podía ocurrirme ya en la vida. Nada...

Los ojos de Murray Karpen empezaron a mojar-se. Bajó la cabeza y por un rato se quedó así y no dijo nada más.

—Lo siento. De veras lo siento. Me da no sé qué seguir molestándolo con mis preguntas...

—No se preocupe, por favor, pregunte lo que quiera.

—Más tarde, una vez que se hizo público el informe de la Comisión Church, ¿qué sintió al enterarse de que su propio gobierno, el gobierno de Estados Unidos, estaba involucrado en el advenimiento de la dictadura que asesinó a su hija?

—Fue atroz. En ese momento hablamos con muchas personas del gobierno. No hubo puerta que no tocáramos. Mire, volvamos atrás un poco y déjeme decirle lo siguiente: el día después del crimen, la gente del Departamento de Estado y de la CIA rasgaron sus vestiduras diciendo que el asesinato había sido cometido por gente de la izquierda chilena,

—Estamos hablando de un gobierno totalitario. No es pensable que algo de esta naturaleza se realice sin el conocimiento del dictador, particularmente un asesinato cometido en Washington. Cómo se le ocurre a nadie pensar que Pinochet no lo sabía, que no dio la orden, que esto se hizo a sus espaldas o sin su consentimiento... Pinochet era el jefe de Contreras y en varias ocasiones el mismo Contreras ha dicho que él actuaba obedeciendo órdenes. Se reunían a diario, todas las mañanas, ¿usted cree que Contreras no lo informaba de lo que hacía? Por supuesto que lo informaba.

—¿Usted cree que el general Pinochet podría ser enjuiciado en Chile?

—De ninguna manera. Pinochet creó todas las leyes necesarias para no ser sometido a proceso nunca. Mientras se mantengan esas normas los chilenos no pueden hacer nada; además, hay mucha gente involucrada en los atropellos a los derechos humanos, no sólo Pinochet, y no creo que esas



"Desde el momento en que supe que Ronnie había sido asesinada tuve claro, para siempre, que nada peor podía ocurrirme ya en la vida. Nada...", dice Murray Karpen. "(Representantes del gobierno de Estados Unidos) me dijeron a mí, personalmente: fue la izquierda la que mató a su hija. Y después, cuando finalmente se supo la verdad, que la DINA y no la izquierda estaban detrás del crimen, ni siquiera nos pidieron disculpas..."

a callar.

—Antes del atentado que costó la vida de su hija, ¿estaba enterado usted de la dictadura chilena, sabía lo que ocurría en mi país?

—Yo no estaba al tanto de los asesinatos que se cometían en Chile, sabía eso sí que hubo un golpe de Estado y que los militares habían tomado el poder. Lo sabía porque era y sigo siendo un asiduo lector del *New York Times* y leyendo el *Times* uno siempre está relativamente bien informado de lo que acontece en el mundo.

la vida debía continuar

—¿Cómo cambió su vida después de la muerte de Ronnie?

—Cuando algo así ocurre se empieza a vivir de una manera muy distinta a la de antes, se comienza a vivir sin consuelo. Nunca se olvida. El dolor se deposita en algún lugar de la memoria, un lugar escondido y secreto de la memoria, es cierto, pero está, cada minuto del día y de la noche, está. Desde el momento en que supe que Ronnie había sido asesinada tuve claro, para siempre, que nada peor

gente que de esa forma pretendía desprestigiar la imagen del gobierno militar, de Pinochet. Eso fue lo que me dijeron a mí, personalmente: fue la izquierda la que mató a su hija. Y después, cuando finalmente se supo la verdad, que la DINA y no la izquierda estaban detrás del crimen, ni siquiera nos pidieron disculpas...

—El general Manuel Contreras, ex director de la DINA, fue sentenciado a siete años de cárcel por el asesinato de Orlando Letelier y su hija. ¿Se hizo justicia con esa sentencia?

—Por supuesto que no. Las personas responsables de tanto crimen andan sueltas por las calles de Santiago. Nada les va a pasar. Yo no pediría que a Contreras le abrieran el estómago, como ordenó hacer él con los estómagos de la gente que lanzaron al mar chileno, pero que le hayan dado siete años de cárcel es una broma...

—Después de lo que usted y su familia han logrado averiguar, ¿tiene alguna certeza de que el general Pinochet estuviera directamente involucrado en el asesinato de Orlando Letelier y su hija, que hubiera dado la orden, por ejemplo?

personas tengan ninguna intención de permitir que se enjuicie a su líder. Tal como veo las cosas, la única manera de enjuiciar a Pinochet sería llevarlo a España. En ese caso se haría algo de justicia. Algo. Porque a estas alturas y estando viejo, la verdad es que ya no pueden hacerle nada.

—¿Lo sorprendió en octubre la noticia de que Pinochet había sido arrestado en Londres?

—Claro que me sorprendió. Nos enteramos en la mañana temprano por el diario. Yo lo estaba leyendo y cuando vi la noticia me volví hacia mi mujer y le dije: Hilda, Dios existe.

—Todas las historias, por terribles que sean, deben tener algún fin, debe ser posible el descanso y el olvido, hasta el perdón. ¿Cómo le gustaría a usted que terminara esta historia del asesinato de su hija?

—Con justicia y castigo. Yo quisiera ver a Pinochet caminar esposado, como cualquier otro criminal de la tierra. Y de ese modo otros dictadores, de otros países, y gente como el señor Kissinger de Estados Unidos, comenzarán a entender que sus crímenes tienen un precio y que ese precio debe pagarse. ■